

PARTE SEIS, VIAJE CUARTO MOVIMIENTO, TORMENTA

A media jornada de partir, dejamos atrás la última de las islas que forman el archipiélago de Castigadas y nos internamos en mar profundo. Navegamos a ritmo moderado impulsados por la brisa estival que venía del sur. Pese a que el cielo estaba cubierto de nubes, el aire se sentía caluroso y húmedo.

El ánimo era alto en las ocho *txalupak* de la flotilla. Los días de estadía habían hecho maravillas en recuperar nuestros físicos del debilitamiento sufrido en la travesía. El descanso primero, como el trabajo en el terraplén después, había servido para relajar tensiones y malestares.

El tiempo previsto para arribar a las costas de Euriopa era de siete jornadas. Con viento a favor y noches despejadas podría reducirse a cinco. De lo contrario, teniendo que remar, podría extenderse a diez.



Mi preocupación estaba centrada en Nira.

Nos habíamos enterado de los términos de la conversación que Tinabuna había tenido con ella, luego del incidente de la cerveza. Los *maisuak* le habían advertido que de no modificar su comportamiento, podrían tomar la decisión de apartarla de la expedición. Ello implicaba quedarse en Islas Castigadas hasta que la próxima flotilla de residentes partiera hacia Lehen a fines del *negu*. Bajo esa amenaza, Nira se había mostrado extremadamente cuidadosa durante la estadía. Pero ya nos encontrábamos en viaje a Lubarnea, por lo que el apercibimiento había perdido su vigencia.

Con excepción de sus maneras habituales, nada hizo Nira que mereciera reproche. A la vez que era sutilmente seductora con Guaire y Etxekide, se interponía a cualquier aproximación mía o de Janequa, a su gigante. Terminamos por resignarnos a ello y dejó de llamarnos la atención. Con Janequa pactamos seguirle el juego y no permitirle

acerarse a nuestros compañeros. O bien, regalar a Abian las mismas atenciones que ella tuviera para Guaire y Etxekide.

En contrapartida, mi vínculo con Janequa y con Guaire fue haciéndose más fuerte. Ambos derrochaban buen humor y tomaban con liviandad cualquier inconveniente. Sus opiniones solían ser sensatas y oportunas, y me fui acostumbrando a consultarles sobre cualquier asunto. De Guaire, sólo me disgustaba su debilidad ante Nira, mientras que a Janequa solamente podía reprobársele su insaciable apetito. No me molestaba que ella estuviera más interesada en Etxekide que en su compañero. Yo lo compensaba disfrutando de los agasajos de Guaire.

Mis lunas se estaban adelantando desde que habíamos iniciado el entrenamiento en Lehen. Los últimos ciclos habían sido de veintiséis días, tres menos de lo habitual, alterando una regularidad que me había acompañado desde los doce hasta los dieciocho. Lo conversé con Janequa y ella me dijo que le ocurría lo contrario. Estaba sorprendida porque sus ciclos se habían alargado. Al día siguiente de dejar Islas Castigadas, tuvimos nuestra luna al mismo tiempo. Estábamos sentadas en el mismo banco y ambas nos levantamos a buscar unos paños, cuando notamos que a la otra le ocurría lo mismo.



Las primeras noches debimos detenernos porque las nubes impedían la visibilidad de las estrellas. El mar relativamente calmo permitía colocar los puentes entre las *txalupak* y compartir momentos con los amigos de otros barcos.

Pude comprobar que Teno y Txanona estaban encantados, felices de participar de la expedición, y que Sutziake y Mizkila pasaban estupendo con Atabar y Guadarteme.

En contraste, Oihane continuaba molesta con Baraso y a él se le notaba el disgusto acumulado con su compañera. Nunca habían convivido en Sexta y no estaban acostumbrados uno al otro. Mientras que lo más importante para Oihane eran los momentos de disfrute, Baraso era sumamente estricto con el trabajo y no soportaba que se postergaran tareas o se dejaran cumplidas a medias. Sus intereses y preocupaciones eran distantes. Para colmo, Baraso era un amante entusiasta y potente, pero simple, incapaz de satisfacer las diversas demandas de la chica de Hiru.

El viento fue disminuyendo en la cuarta jornada y al mediodía los *maisuak* dieron la orden de recoger las velas. Continuamos navegando a dos bancos de remos hasta que el sol se ocultó tras las nubes. Luego amarramos las *txalupak* unas a otras y tendimos los tablones entre ellas.

Después de cenar, Etxekide y yo fuimos a visitar al barco ocho de los *hamazortzi* residentes. Al pasar por la *txalupa* de los *maisuak*, nos detuvimos a compartir con ellos unas hojas de fumar, que Naga encendía en las noches de parada. Su amiga Aremoga era una mujer agradable, aunque poco conversadora. Delgada, de nariz algo prominente, no llamaba la atención por sus curvas, sino por las incontables trenzas doradas que, partiendo de todos los puntos de su cabeza, caían a descansar sobre sus bronceados hombros. A su turno de aspirar el humo de las aromáticas hojas empezó a toser y a dar arcadas, alegó no sentirse bien del estómago y se retiró a descansar bajo el toldo.

Aprovechamos para agradecer a Naga y cruzar el puente hacia el barco de Teno y Txanona.

Al rato de estar con ellos, nos distrajeron unos gritos. Eran dos mujeres discutiendo agresivamente. Etxekide y yo nos levantamos alarmados. La pelea tenía lugar en nuestra *txalupa* y las protagonistas eran, indudablemente, Janequa y Nira.

Cuando llegamos, la situación había derivado a un intercambio de insultos de un extremo a otro del barco, porque varias personas habían acudido a interponerse. Janequa, desbordada, acusaba a Nira de "niña caprichosa", "inútil" y "estúpida consentida", mientras que Nira, con aparente calma, le devolvía sutilezas como "grasosa", "vaca embarazada" y "glotona perturbada".

Las versiones sobre el origen del problema eran confusas y diferían completamente. Aparentemente Nira le había reprochado a Janequa comer a escondidas, mientras que según Janequa, Nira había demandado a Guaire que la complaciera. Ninguno de los varones confirmaba las versiones y ambos se veían molestos con sus compañeras.

La pelea fue diluyéndose y esperábamos que, de un momento a otro, los *maisuak* convocaran a las involucradas a hacer declaraciones en el barco uno, pero ello no ocurrió. La única consigna que recibimos fue la de acostarnos temprano, porque al día siguiente estaba previsto remar toda la jornada.



Ya al amanecer teníamos certeza que sería un día caluroso.

El cielo era una capa gris uniforme y el mar un extenso plano azul apagado, tan calmo como la superficie de un lago. Trabajamos a dos bancos toda la mañana, la tercera pareja en turno de descanso, porque no había necesidad de remo de dirección. Hicimos una parada al mediodía, para evitar el momento de calor más intenso.

Por la tarde, los delfines se desviaron ligeramente en dirección noreste y la flotilla corrigió el rumbo, siguiéndolos.

El buen humor de días anteriores se había disipado. El calor y la obligación de remar fueron minando nuestro ánimo. Sabíamos que no alcanzaríamos las costas de Euriopa en el plazo esperado, lo que nos forzaba a racionar los alimentos.

Se presentaron más problemas. Una discusión sobre los turnos de descanso en el barco dos, una situación que no entendimos en el barco siete que involucraba a Naga y a Aremoga y, más tarde, una pelea en el barco seis, en el que viajaban Baraso y Oihane.

Pese a todo, la flotilla continuó su marcha hasta la puesta del sol.

Cuando Ferinto gritó la consigna de parada, respiramos aliviados. Habiendo remado toda la jornada, nos sentíamos exhaustos.

Mientras amarrábamos las *txalupak* y colocábamos los tablones, se hizo evidente que los *maisuak* se hallaban sumamente tensos, tratando de manejar los distintos problemas. Los vimos correr por los puentes, yendo y viniendo, hablando con unos y otros, con preocupación en sus rostros. A nadie parecía importarle el episodio de la noche anterior en nuestro barco, como si fuera algo ya lejano en el tiempo, incluso para las involucradas.

En condiciones favorables, deberíamos estar alcanzando el continente. Pero aún nos encontrábamos lejos, quizás a tres o cuatro jornadas, de ver sus costas.



De a poco, nos fuimos enterando de los asuntos que ocupaban a los *maisuak*.

Oihane había solicitado ser cambiada de barco. Su permanencia junto a Baraso le resultaba insoportable, tanto a ella como a sus compañeros. Baraso se ofrecía también a ser cambiado, para facilitar la solución del problema.

Vi que Tinabuna conversaba con Sutziake y me acerqué a ellas, pero ambas me indicaron por señas que les permitiera hablar en privado.

Cuando terminaron, Sutziake vino hacia mí y me abrazó.

— He tomado una decisión, Itahisa. Espero que sea correcta.— Me dijo al oído.

— Qué decisión ?

— Me cambio de barco. Le haré el favor a Oihane. Espero que algún día me lo devuelva.

— Te vas ... con Baraso ?

— Sí. Al menos hasta llegar al continente. Luego veremos.

— Y por qué tú ?

Sutziake se encogió de hombros.

— Oihane pidió formar pareja con Guadarteme. La otra posibilidad era que él cambiara con Baraso. Pero nadie en nuestro barco estaba conforme con ello. Tinabuna me consultó entonces si aceptaba ir al seis, y aunque me entristecía separarme de Mizkila y Atabar, accedí.

— Has sido muy generosa, Sutziake.

— Yo soy así.— Respondió ella con una sonrisa forzada.

— Sabes lo que ocurre en el barco siete ?

— Síii.— Sutziake abrió los ojos denotando sorpresa.— Me lo acaba de contar Tinabuna.

— Qué ? — Pregunté intrigada.

— No lo sabes ?

— No. Qué está pasando ?

— Aremoga ...

Sutziake hizo el gesto de mover una mano en círculos sobre su panza.

— Qué !

— Aremoga está embarazada. Tomó la infusión antes de partir, hace siete días, y su sangre no ha bajado.

Recordé que ella se había sentido mal la noche anterior.

— Y qué va a ocurrir ?

— No se ha decidido aun, Itahisa. Pero no podrá continuar la expedición. No puede remar.

— No podemos dejarla en Euriopa.— Pensé en voz alta.

— No. Es probable que los *maisuak* vuelvan a Islas Castigadas.

— Cómo ! Cuándo ?

— No lo sé, Itahisa. Es lo que están discutiendo en este momento. Supongo que al llegar a Euriopa nos detendremos unos quince días, aguardando a que los *maisuak* lleven a Aremoga a las Islas y regresen con nosotros.

Reflexioné sobre las implicancias de aquello. Deberíamos procurar un sitio donde instalarnos en el continente, para esperar por el regreso de los *maisuak*, antes de continuar la expedición.

— Es comprensible que estén tan preocupados.— Comenté intentando interpretar las reuniones en el barco siete.

— No es por ello que están tan preocupados, Itahisa.

— Qué ? Por qué entonces ?

Sutziake señaló al cielo.

— Tinabuna también me ha dicho que tendremos tormenta mañana. Una grande.



Aún no había aclarado cuando nos despertaron los gritos.

Las consignas eran quitar los puentes, soltar las amarras entre barcos y revisar las redes que sostenían los equipajes. Luego, calzarnos los cintos y tener a mano los estómagos de oveja que nos ayudarían a flotar en caso de caer al mar.

Una brisa húmeda venía del sur. En el horizonte podían verse los relámpagos. Repentinamente las olas empezaron a hamacar las *txalupak*. Poco más tarde, el rumor de truenos lejanos llegó a nuestros oídos.

La fuerza del viento continuó en aumento, en ráfagas de aire caliente que precedieron a las primeras gotas de lluvia.

Ferinto continuaba vociferando consignas que repetíamos de un barco a otro: reforzar los nudos que sujetaban las velas enrolladas bajo los bancos, envolver las ánforas con telas para que no se quebraran al golpearse, sujetar canastos, sujetar toldos, sujetar remos de repuesto. Trabajábamos aplicadamente, sabiendo que restaba poco tiempo antes de que el tamaño de las olas nos impidiera cualquier maniobra.

A media mañana, la lluvia se hizo más intensa y el aire enfrió bruscamente.

Cuando las olas superaron los tres pasos de altura, nos apostamos en los bancos a enfrentarlas. Habíamos encarado olas mucho más grandes, pero éstas eran menos previsibles. Venían de distintas direcciones y existía el riesgo de que una de ellas rompiera sobre el barco, provocando serios daños.

Pasado el mediodía, la tormenta continuó empeorando. La lluvia y el viento arreciaban. Las olas cada vez mayores no daban descanso y el costillar de la *txalupa* crujía en cada encuentro con las moles de agua. Los estallidos de relámpagos recorrían el cielo, acompañados del estruendo casi permanente de los truenos.

La panza del barco estaba inundada y nuestros equipajes se encontraban sumergidos. Empezamos a temer por la integridad de la flotilla. La escasa visibilidad nos hacía difícil saber a qué distancia se hallaban las demás *txalupak*.

Mucho antes de oscurecer, se puso en práctica el procedimiento de ubicación sonora. Desde el barco uno de los *maisuak* alguien hacía sonar el colmillo de elefante, esperando idéntica respuesta del barco siete a retaguardia. De este modo podíamos notar si nos apartábamos de la *eskuadra* y eventualmente remábamos para mantener equidistancia de ambas señales de sonido.

En medio de aquella violenta tempestad, resultaba llamativa la fuerza espiritual de Guaire, quien no paraba de hacer chistes. Señalando a las gallinas empapadas en su jaula, repetía, imitando a Tinabuna: "Pidieron ayuda las gallinas ? Noooo." Y continuaba remando, en perfecta coordinación con el gigante Abian, quien permanecía callado. Por su parte Nira, con un brazo aferrado al banco y medio cuerpo sumergido, achicaba el agua con un jarrón, soltando maldiciones cada vez que una ola nos zarandeaba. Janequa y yo ocupábamos el banco delantero, nuestros brazos doloridos del esfuerzo con los remos durante todo el día. Unas bananas y unos tragos de *txocoatl* era todo lo que habíamos ingerido desde la noche anterior. De estar irremediablemente mojadas y con los pies en el agua, el frío se internaba en nuestros cuerpos.

Deseábamos que la lluvia y el viento cesaran, para secarnos, comer y descansar, pero nada indicaba que ello podría ocurrir. Las olas enormes continuaban arremetiendo la *txalupa* y la tormenta parecía agravarse en vez de disminuir. La perspectiva de pasar la noche luchando en la oscuridad por mantener el barco a flote, comenzaba a intimidarnos.

El cansancio, el frío y el hambre empezaban a ganarnos, en el momento que oímos el estrépito de maderas quebradas, los chillidos y las consignas atropelladas que siguieron.

Una ola había producido el choque entre dos *txalupak*.

Sin verlo, supimos que una de ellas había sufrido daños importantes. Nos fuimos enterando por llamados desesperados que llegaban a nuestros oídos. Con algunas costillas quebradas, el barco dos corría riesgo de hundirse. Repararlo en medio de aquel oleaje era imposible. Lo perderíamos. Uno de los *hamazortzi* estaba lastimado. El barco de vanguardia de los *maisuak* se estaba haciendo cargo del rescate.

Se escuchaban lamentos y llantos. Quisimos acercarnos para evaluar la situación y prestar ayuda, pero recibimos la orden de no hacerlo. La consigna fue mantener las distancias entre *txalupak*, para evitar otros accidentes.

Alcanzamos a ver a unos náufragos trepando al barco de los *maisuak* y a Ferinto acostado sobre uno de los tablones que usábamos de puentes, nadando contra las enormes olas.



Habíamos sido entrenados para encender lámparas en una tormenta, aunque nada semejante a ésta que estábamos soportando. El procedimiento consistía en prender la lámpara con la yesca bajo el toldo y colocarla dentro de un tambor de cuero delgado, que permitía el pasaje de la luz, pero no del viento. Lo difícil no era encenderla sino llevarla a lo alto del mástil. Etxekide se ocupó de esta peligrosa operación, que implicaba abrazarse al resbaladizo poste de madera y trepar por él, mientras el barco se movía en todas direcciones. Cuando estuvo a media altura, Abian le alcanzó la lámpara y Etxekide, con gran esfuerzo, logró colgarla en el gancho. De a una, vimos aparecer otras lámparas, describiendo furiosos movimientos en los otros mástiles. Contando la nuestra, eran siete. Afortunadamente sólo habíamos perdido una de las *txalupak*.

Los relámpagos pasaron a ser nuestros aliados. A cada instante nos ofrecían un panorama fugaz de las olas circundantes, que debíamos interpretar rápidamente para corregir nuestra posición usando los remos.

Nuestro barco cargaba demasiada agua, porque el trabajo de achicarla era incesante. En algún punto teníamos averiada la piel, pero era impensable repararla. Etxekide se sumó a la tarea de quitar el agua que nos inundaba y, junto a Nira, lograron mantenerla en niveles soportables.

Había transcurrido buena parte de la noche, cuando la lluvia dejó de ser intensa y el viento amainó levemente. Los estallidos en el cielo fueron alejándose y se hicieron menos frecuentes. Pero las olas no disminuyeron. Las moles negras eran menos visibles aun, lo que incrementaba el riesgo de que una de ellas nos tomara de costado, provocando daños o volcando la *txalupa*. A pesar de ello, las señales eran alentadoras. Etxekide y Guaire se encargaron de celebrarlas, anunciando el final de la tormenta con un concurso de insultos.

Janequa y yo estábamos extenuadas, casi paralizadas del dolor en brazos y piernas, por lo que nuestro aporte en los remos se había ido deteriorando, hasta hacerse irrelevante. Los varones insistieron en que dejáramos el banco y terminamos por seguir su recomendación. Con dificultad aseguramos los remos y a los tumbos, nos arrastramos hasta el toldo. Janequa rescató un par de mantas de una bolsa impermeable y pudimos secarnos y abrigarnos, aun cuando nuestros pies continuaban ateridos, sumergidos en el piso inundado de la *txalupa*.

Las frutas y el *txocoat* hicieron maravillas en nuestros físicos debilitados, y aliviaron en parte el suplicio de nuestros músculos. Un rato más tarde pudimos relevar a Etxekide y Nira en la tarea de achicar el agua y ellos nos reemplazaron en el banco delantero, colaborando con Guaire y Abian en los remos.

La noche se nos hizo interminable, sometidos a la persistencia de las olas que nos sacudían en todas direcciones, orientados por los titilantes destellos de las lámparas en los mástiles cercanos y por el monótono, repetitivo, lúgubre eco de los colmillos de elefante, que nos indicaba la formación.

Cuando finalmente surgió una claridad en el horizonte, estábamos extenuados. Seguía lloviznando, el viento no había calmado y el mar continuaba encrespado.

Las olas de tres a cuatro pasos de altura, hacían inviable reparar las roturas. La necesidad de quitar agua de continuo no daba descanso y nuestras agotadas fuerzas apenas alcanzaban para desalojar el agua que entraba.

Nira propuso pedir ayuda a los *maisuak* y como no le hicimos caso, se puso obstinada, al punto que terminó por convencernos. Ella misma hizo sonar el cuerno que servía para solicitar asistencia en caso de accidente. Al rato tuvimos al barco siete a nuestro lado.

Los *maisuak* observaron alarmados el nivel de agua que nos inundaba y dieron indicaciones para que tanteáramos el casco, palmo a palmo, hasta detectar los puntos de rotura. Pero la tarea era impracticable, porque montañas de bolsos, telas, tablas y herramientas impedían el acceso a la piel del barco. Ya lo habíamos intentado, sin éxito.

Naga y otro *maisu* llamado Siso, lanzaron sogas y se arrojaron al mar atados a ellas, para nadar hacia nosotros. Nos ayudaron en la tarea de disminuir el agua y luego revisaron los cueros de repuesto. Ante la imposibilidad de detectar los agujeros, la idea era colocar parches enteros por debajo de la *txalupa* y amarrarlos a los bordes como una segunda piel. Para ello no eran suficientes los cueros que llevábamos a bordo, por lo que se hacía necesario traer otros rollos desde el barco siete. La operación era peligrosa, porque ambas *txalupak* debían permanecer a corta distancia, tomando las olas en simultáneo, con riesgo de choques o roturas.

Abian y Guaire no se apartaron de los remos en el banco central, mientras Siso arrojaba los cueros enrollados a *eskuona* y Naga maniobraba sumergido, fuertemente atado para acompañar los vaivenes del barco, desenvolviendo el rollo hasta que el otro extremo aparecía alcanzable a *eskuerra*. Usando un arpón, Etxekide lo capturaba y lo acercaba para que yo lo sujetara al borde. Colaborábamos con Siso en tensar al máximo el parche recién colocado y luego el procedimiento se reiniciaba con otro rollo. Para determinar la zona donde colocarlo, seguíamos las indicaciones de Naga, quien en cada inmersión intentaba palpar las roturas.

Janequa y Nira, que trabajaban controlando la inundación, fueron las primeras en advertir que la operación estaba dando resultado, tras haber sujetado el tercer parche. Naga trepó al barco y le procuramos una manta, mientras observábamos atentamente la lenta disminución del nivel de agua en el fondo de la *txalupa*. Los *maisuak* evaluaron que la situación era manejable, al menos hasta que la tormenta nos diera un respiro y permitiera una reparación definitiva. Luego volvieron al barco siete, y éste se apartó del nuestro, retomando la formación.

Recién entonces tuvimos un momento para aliviar las tensiones. Tomamos conciencia de la gravedad de lo que había ocurrido. Nuestra *txalupa* había estado cerca de hundirse y habíamos logrado evitarlo. Gracias a nuestro esfuerzo y a la colaboración de los *maisuak*, oportunamente solicitada por Nira.

Lloviznaba. Las olas requerían remar continuamente y el viento seguía siendo demasiado fuerte para utilizar las velas, pero por primera vez desde la madrugada anterior, pudimos prescindir de los brazos de Guaire y Abian, y permitirles un descanso. Etxekide y yo tomamos los remos en el banco central, con Janequa y Nira en el delantero.

La tarea, como lo había sido durante toda la noche y todo el día anterior, era cuidar que las olas no nos hicieran volcar.

No navegábamos, simplemente resistíamos la tormenta.



En la séptima jornada desde la partida de Islas Castigadas, no sólo no podíamos avanzar, sino que nos alejábamos de Europa, empujados por la tormenta hacia el norte. Durante el día, hicimos turnos de dos parejas en los remos, mientras la tercera descansaba.

Otras *txalupak* también habían tenido averías y los *maisuak* procedieron a revisarlas, evaluando la magnitud de los daños, repitiendo en una de ellas el procedimiento de adosar una segunda piel, como lo habían hecho en la nuestra.

Las tres parejas de naufragos se habían distribuido en los barcos tres, cuatro y ocho. Uno de ellos tenía un brazo quebrado y vendado, y su continuidad en la expedición era discutida, siendo probable que regresara con los *maisuak* a Islas Castigadas, y allí se quedara, junto a Aremoga, la *Maisu* embarazada, hasta fines del año.

Casi todos los equipajes y herramientas del barco hundido habían sido recuperados, con excepción de las velas, cueros y maderas de repuesto.

Por la tarde, la lluvia pasó a ser intermitente, el viento continuó amainando y las olas se redujeron hasta dos pasos de altura. En esas condiciones hubiera sido posible soltar las velas, pero se acercaba la noche y estábamos exhaustos. Los *maisuak* dieron la orden de cambiar a un solo banco de remos para que, en cada *txalupa*, fueran cuatro los que pudieran recuperar fuerzas. También nos indicaron duplicar la ración de comida, pese a que las reservas se estaban terminando.

Hacía frío y nuestros abrigos se hallaban empapados, de modo que debimos acostarnos apretados unos a otros, bajo los toldos, hasta que el sueño diera alivio a nuestros debilitados cuerpos.



Al día siguiente amaneció nublado. No veíamos el sol ni las estrellas desde antes de la partida y eso incrementaba el malhumor en toda la flotilla.

La buena noticia era que, aunque el viento y las olas seguían siendo fuertes, podíamos volver a navegar. Luego de verificar el estado de las siete embarcaciones, desplegamos las velas y nos dirigimos en dirección sureste, corrigiendo el desvío que la tormenta había producido.

La lluvia había cesado y tendimos cuerdas del mástil para colgar ropas y mantas a secar.

Los delfines reaparecieron nadando cerca de las *txalupak*. Janequa aseguraba que eran los mismos que nos habían acompañado previo a la tormenta y los demás nos burlábamos de ella, aunque sin estar convencidos de lo contrario.

Avanzamos toda la jornada sin detenernos, a buena velocidad, tratando de recuperar el tiempo perdido. Al atardecer, notamos con disgusto que nuestra *txalupa* volvía a

ganar agua, lo que obligaba a dedicar a uno de nosotros a la tarea de achicarla. Era dudoso que pudiéramos seguir así varios días y no teníamos certeza de encontrarnos con mar calmo antes de arribar a Euriopa.

Por la noche, recogimos las velas y retomamos los turnos de a cuatro para dormir. La pareja de guardia no debía usar los remos porque las olas ya no resultaban un peligro. La preocupación era controlar el agua que se filtraba, amenazando nuestra flotación.

Dispusimos lámparas y canastos, para capturar *harenkeak* por la noche. Las frutas que nos quedaban estaban pudriéndose, el *txarki* se terminaba y las galletas se habían estropeado con la lluvia. Lo único que disponíamos en abundancia era el agua para beber.



Por algún motivo que relacionamos con la tormenta, ningún *harenke* saltó dentro de los canastos durante la noche. Un nuevo problema que se sumaba a los muchos que ya teníamos. Los alimentos apenas nos alcanzaban para aquella, nuestra novena jornada en el mar y de persistir la ausencia de *harenkeak*, nada tendríamos para comer al día siguiente.

Hicimos unos ensayos de colocar redes de arrastre a los laterales de la *txalupa* con la expectativa de recoger peces, pero la cosecha se redujo a unas pocas medusas.

El fastidio y la tensión eran apreciables entre los *hamazortzi* y empezaban a hacerse visibles también entre los *maisuak*.

Para colmo, el viento que seguía soplando fuerte, empezaba a hacer estragos en las velas. Debimos hacer una parada al mediodía para repararlas, mientras los *maisuak* se reunían en el barco siete a evaluar la situación.

La discusión se prolongó más de lo esperado y desde todos los barcos podíamos oír un áspero enfrentamiento entre ellos. Mientras esperábamos de un momento a otro la consigna de retomar la marcha, empezaron a llegarnos los rumores de lo que estaba pasando en el barco siete.

Aparentemente había dos posiciones, una sostenida por Ferinto y otra por Naga, que diferían en la dirección que debíamos tomar para llegar lo antes posible al continente.

La propuesta de Ferinto (el único de ellos que había estado en Euriopa), era avanzar en dirección este, que parecía ser la que los delfines nos estaban señalando, directamente a toparnos con las costas de Euriopa y luego descender hacia el sur, bordeándolas, hasta encontrar la boca del río donde estaba previsto el desembarco.

Esta tesis era respaldada por Tinabuna, pero no por la mayoría de los *maisuak*, quienes apoyaban a Naga en su propuesta de navegar en dirección sureste, en diagonal al recorrido que proponía Ferinto. La cuestión no se resolvía, porque Naga apelaba a la mayoría de voluntades, mientras Tinabuna reclamaba para sí la autoridad que le correspondía como directora de la expedición.

Rápidamente la discusión se propagó entre los *hamazortzi*, resultando que la mayoría se inclinaba por la posición de Ferinto y Tinabuna. Solamente Sutziake, Baraso y sus compañeros del barco seis, respaldaban la postura de Naga. Cuando Ferinto tomó conocimiento de ello, quiso agregarlo como argumento a la discusión, provocando el

enojo de Naga y de sus seguidores, quienes reaccionaron airadamente ante la posibilidad de que nosotros tomáramos parte en la decisión.

Como avanzaba la tarde y no se llegaba a un acuerdo, empezamos a impacientarnos. No podíamos perder más tiempo cuando el alimento se nos estaba terminando y varias *txalupak*, en particular la nuestra, tenían problemas para mantenerse a flote.

Ferinto y Tinabuna acusaban a Naga, Siso y los otros *maisuak* del barco siete de preocuparse más por Aremoga que por la expedición. Y ellos respondían culpando a Ferinto y a Tinabuna de demorar innecesariamente la llegada a nuestro destino.

Nunca habíamos visto a Ferinto tan enfadado. En un momento alzó la voz para que todos lo oyéramos, declarando que no se haría responsable de los problemas que la equivocada decisión que los otros *maisuak* querían tomar y desafió públicamente a Naga a llegar a la boca del río antes que él. Dicho esto, habló con Tinabuna y se retiró furioso de la reunión.

La directora de la expedición cambió unas palabras con los *maisuak* y nos convocó a acercarnos al barco seis.

Se dirigió a nosotros con voz calmada.

— Queridos *hamazortzi*, como habréis visto, tenemos una discrepancia.

Se escucharon risas.

— Vamos a hacer algo que nos disgusta, que no estaba en los planes, ni es muy acertado como criterio, pero no hemos hallado otra solución.

Hizo una pausa innecesaria porque la escuchábamos con atención.

— Nuestro barco continuará yendo al este, hasta el continente y después bordeará sus costas hacia el sur. El barco siete navegará al sureste, para arribar al mismo punto. Unos y otros tenemos la expectativa de llegar a la boca del río en dos jornadas, pero no nos hemos puesto de acuerdo en cuál es el mejor trayecto. De modo que los primeros en llegar aguardarán por los demás, para así demostrar quién tenía la razón. Queda a criterio de vosotros, de cada *txalupa*, resolver a cuál de los dos barcos de *maisuak* seguiréis, desde este momento, hasta que nos reunamos en el punto de encuentro. Está comprendido ?

Todos asentimos. Antes que fuera explicitado, ya sabíamos que la flotilla iba a dividirse y cómo se produciría el corte. Los barcos tres, cuatro, cinco y ocho viajaríamos con Ferinto y Tinabuna, mientras que el barco seis, en el que iban Baraso y Sutziake, sería el único en acompañar al barco siete de Naga.

Me despedí de Sutziake con un largo abrazo y di un beso a Baraso, deseándoles suerte en las siguientes jornadas.

Soltamos las velas y reiniciamos la navegación, cinco *txalupak* en dirección este y las otras dos, separándose hasta perderse de vista, hacia el sureste.



El viento era fuerte pero aprovechable y nos dirigíamos a buen ritmo hacia Euriopa, escoltados por los delfines, cuando se produjo una algarabía.

A nuestras espaldas, una parte del manto de nubes se había rasgado, dejando pasar tímidos rayos de sol, los primeros que recibíamos desde la partida. La luz solar cambió la apariencia agrisada del mar, dando brillo intenso al azul y encendiendo las olas con tonos dorados.

El sol también trajo caricias cálidas a nuestros cuerpos, operando maravillosamente en recuperar los ánimos deteriorados tras la tormenta. Nos regaló una puesta magnífica que coloreó las nubes, proyectando sobre nuestras cabezas franjas amarillas, rojas y púrpuras.

Continuamos avanzando durante el crepúsculo, en espera de que el cielo se despejara lo suficiente para poder guiarnos por las estrellas durante la noche. Pero ello no ocurrió y debimos detenernos cuando la oscuridad se instaló por completo.

Prendimos las lámparas y montamos guardias, esperando que los *harenkeak* tuvieran la gentileza de saltar hacia los canastos, para aliviar el hambre que se iba apoderando de nuestros cuerpos.

Los *harenkeak* no vinieron, pero las nubes fueron dejando su lugar a las estrellas. A mitad de la noche, Ferinto dio la consigna de volver a desplegar velas y retomamos la navegación, engañando el vacío de nuestros estómagos únicamente con nueces y *txocoatl*.



De medianoche al amanecer era el turno de descanso de Etxekide y Nira.

Guaire y Abian maniobraban las velas, Janequa volcaba jarras de agua afuera del barco y yo manejaba el remo de dirección. La formación de la flotilla reducida era de uno, tres, uno. Una cruz, en la que nuestra *txalupa* ocupaba el centro.

Aunque había nubes, la ubicación de las estrellas principales era distingible y ello alcanzaba para marcarnos la dirección. De a ratos, la claridad de la luna creciente otorgaba un resplandor tenue al oscuro mar que nos rodeaba.

Fue entonces, cuando las nubes dejaron un tramo de firmamento despejado al noroeste, que alcanzamos a verla.

Quedamos asombrados, tanto que olvidamos por un momento la vela y el remo.

La estrella viajante había crecido de un modo increíble y estaba allí, como un surco espumoso en el cielo, enorme, bellísima, impactante.

Fui a despertar a Etxekide, para compartir con él aquel espectáculo. Mi compañero asomó la cabeza bajo el toldo y abrió los ojos, impresionado al ver la larga cola luminosa atravesando el cielo.

Durante doce noches, las nubes nos habían impedido advertir su crecimiento. La última vez que la habíamos visto, era posible ocultarla con un dedo de nuestro brazo estirado. Ahora no alcanzaba con una mano. Etxekide presentó ocho dedos al cielo y cerró uno de sus ojos, midiendo el largo de la cola y luego hizo otras maniobras con sus

manos para evaluar la altura desde el horizonte. Más tarde se sentó a contemplarla, extasiado.

— Ha crecido muchísimo. Está preciosa. Tenías razón, mi amor.— Le dije con ternura.

Etxekide se refregaba los ojos, como si dudara de lo que estaba viendo.

— Sí, es ... extraño.— Murmuró.

— Qué es lo extraño ?

Etxekide parecía absorto.

— Es ... curioso.

Me senté junto a él, apoyando un brazo sobre sus hombros.

— Qué es lo curioso, mi amor ?

Él simplemente señaló la estrella viajante, pensativo. Respeté su silencio. Las nubes continuaban yéndose hacia el norte y el cielo seguía ganando estrellas. Etxekide observaba el fenómeno, sus manos abiertas en arco a los costados de su cara, obligándose a no ver otra cosa.

Al rato dijo algo que no entendí.

— Está rota.

— Qué dices, Etxekide ?

— Está partida, Itahisa. Mírala bien.

Por más que lo intenté, imitando su gesto de hacer pantalla con las manos, no pude distinguir algo que corroborara su observación.

— No alcanzo a ver.— Admití.

Etxekide dejó escapar un suspiro. Luego insistió.

— No tiene una, sino dos cabezas, o quizás tres. Mírala bien.

No supe si dudar de mi propia vista, o de la capacidad de imaginación de mi compañero. Me resigné a no poder dilucidarlo.

— Tú ves cosas que yo no veo, mi amor.



El viento viró repentinamente. Los días anteriores, incluyendo la tempestad, había venido desde el sur, y ahora nos llegaba del oeste, lo que resultaba extremadamente favorable. Las cinco *txalupak* formadas en cruz avanzamos a máxima velocidad, surcando las olas de menos de un paso de altura. Era una mañana espléndida, la primera con cielo despejado desde que habíamos partido, diez días antes, de Islas Castigadas.

En toda la noche, sólo tres *harenkeak* habían saltado a los canastos. Nos enteramos que en los otros barcos la cosecha había sido similar. Era muy poco, insuficiente para aplacar nuestros doloridos estómagos.

Por fortuna, el sol y el viento nos permitían secar ropas, mantas y equipajes que habían permanecido sumergidos o sometidos a la intensa lluvia de días anteriores.

La tarea de achicar el agua en nuestro barco era permanente. Si la acometíamos a cuatro brazos, lográbamos disminuir la inundación, pero mientras uno solo se dedicaba a quitar el agua, el nivel crecía inexorable, lentamente.

Éramos conscientes de que nos habíamos involucrado en una carrera. El orgullo y quizás la autoridad de Tinabuna y Ferinto estaban en juego. Debíamos llegar a la boca del río, antes de que lo hicieran los barcos seis y siete. O al menos, con poco tiempo de diferencia. Por ello, descartábamos hacer reparaciones en nuestra *txalupa*. Mientras pudiéramos seguir el ritmo de la flotilla, avanzaríamos sin detenernos.

A mediodía notamos que las olas se hacían más grandes. Era una buena señal de que nos aproximábamos al continente. Pero era una amenaza para nuestro barco averiado y para la capacidad de nuestros debilitados físicos de gobernarlo.

Contra lo esperado, Ferinto dio la orden de parada.

Los *maisuak* vinieron a inspeccionar el estado de nuestro barco. Uno de ellos se zambulló a revisar el casco por debajo, mientras los demás intentaban ajustar los parches a los bordes. Resolvieron agregar un cuarto rollo de cuero en la zona central de la *txalupa* y nos ordenaron trasladar tablas, herramientas y equipajes a los barcos cuatro y ocho, que se habían aproximado a ambos lados del nuestro.

Ferinto dirigía las operaciones, en las que se involucraron todos los *hamazortzi*. Hasta Godereto, el náufrago del brazo quebrado, hizo su aporte acomodando nuestros bolsos. Rápidamente desalojamos el equipaje, incluyendo las velas, los tablones, remos y otras maderas de repuesto.

Así fue posible detectar un par de quebraduras de las costillas cerca del banco central, que eran las causantes de las filtraciones. Trabajamos arduamente en quitar el agua del fondo de la *txalupa*, para que las roturas dejaran de estar sumergidas. La reparación recomendable implicaba el reemplazo de las costillas, pero hacer eso nos hubiera demandado demasiado tiempo. Los *maisuak* optaron entonces por aplicar resina en los puntos dañados. Era una resina amarilla y viscosa que no requería ser calentada con fuego. Se hacía maleable por exposición al sol y volvía a endurecerse al tomar contacto con el agua. El *maisu* que se había sumergido, trabajó reforzando el parche en la zona de las roturas. Cuando estas tareas fueron completadas, nos quedamos observando su efecto. La filtración parecía controlada. El agua dejó de inundarnos.

Celebramos con aplausos, realmente nos sentíamos aliviados.

Inmediatamente Ferinto dio indicaciones para regresar nuestros equipajes a sus ubicaciones y, con la colaboración de los compañeros, lo hicimos en poco tiempo. Volvimos a desplegar las velas y la flotilla retomó su rápido avance hacia el este.

Estábamos en condiciones de afrontar las grandes olas.



Comparado con las zozobras que habíamos vivido, el cruce de las grandes olas resultó sencillo. Se nos presentaron regulares, predecibles, fáciles de enfrentar. Y en menos de lo que hubiéramos previsto, notamos que decrecían hasta dejar de ser peligrosas.

Al atardecer volvimos a desdoblar las velas y, antes de la caída del sol, pudimos ver al frente una línea de tierra apareciendo en el horizonte.

El desconocido continente de Euriopa se presentaba al fin ante nuestros ojos.

El buen ánimo regresó a la flotilla, pese a que nos hallábamos extremadamente fatigados y hambrientos. Sonaron cuernos y tambores celebrando la satisfacción de estar cerca de la meta. Nos sentíamos felices por haber resistido todas las adversidades y porque en poco tiempo pondríamos nuestros pies en aquella tierra. Donde podríamos comer hasta saciarnos y dar el descanso necesario a nuestros debilitados físicos.

Aun contando con luna, existía el riesgo de chocar contra las rocas próximas a la costa. De modo que nos detuvimos a una distancia prudente del continente y montamos guardias esperando el amanecer.

Pese al cansancio, el hambre y la excitación nos impedían dormir. Pocos *harenkeak* saltaron durante la noche. Los recogimos y comimos con desesperación a medida que fueron cayendo sobre los canastos. Las gallinas habían puesto dos huevos, los que rompimos en un vaso y repartimos equitativamente, un sorbo para cada uno.

Al día siguiente nos aproximamos a la costa. Enfrentamos una larguísima muralla de rocas que caían verticales al mar, sin una sola playa a la vista. Las olas rompían con violencia contra los acantilados, lo que hacía sumamente peligroso acercarse a ellos.

Virando al sur, acompañamos la costa durante la mañana, hasta que el muro de rocas dio lugar a una extensa playa de arena blanca, con dunas y pequeños barrancos. La playa, cuyo extremo se perdía en el horizonte, miraba al suroeste. Navegamos buena parte de la tarde frente a ella, recorriéndola, hasta que encontramos la boca del gran río en una zona de dunas que mostraba escasa vegetación.

Los *maisuak* hicieron sonar el colmillo de elefante, esperando una respuesta que no llegó.

Penetramos por el río, e inmediatamente buscamos un lugar para desembarcar. Las cinco *txalupak* atracaron con suavidad en la arena y desde ellas saltamos a pisar por primera vez la tierra de Euriopa.

Treinta y seis expedicionarios sucios, desgreñados y famélicos, acometimos la tarea de capturar en la orilla pequeños peces y cangrejos, para devorarlos en el acto.



Tras un intervalo de duda sobre si los barcos seis y siete se hallaban en las proximidades, fue haciéndose evidente que habíamos llegado primeros al punto de encuentro. Habíamos ganado la carrera, pero Ferinto y Tinabuna, aunque se veían contentos, no se prestaron a festejarlo.

En cuanto calmamos el hambre, procedimos a amarrar las *txalupak* y a procurar leña para encender el fuego, porque empezaba a oscurecer.

Alrededor de la fogata tendimos las mantas y nos acostamos sobre ellas. Los *maisuak* se harían cargo de las guardias para permitirnos descansar.

Colmados de satisfacción, no nos costó dejarnos vencer por el sueño, en nuestra primera noche en el continente de Euriopa.



El sol estaba alto en el momento que desperté, extrañada por hallarme en tierra firme. Varios *hamazortzi* trabajaban descargando las *txalupak*, un grupo cocinaba en un caldero y otros pescaban con redes, sumergidos hasta la cintura.

Cerca del fuego, acepté de buen grado un plato de mejillones y me senté a comerlos disfrutando del paisaje.

El curso del río daba varios codos entre las dunas antes de llegar al mar. En sus orillas volaban o nadaban variedad de aves. Había flamencos, garzas de diversos colores y halcones que atrapaban peces con sus garras. Otras aves me resultaban desconocidas. Unas semejantes a gaviotas de largos picos, eran las más llamativas por su gran tamaño.

Tras desayunar, quise bañarme en el río. Txanona y Janequa vinieron conmigo. Más tarde enjuagamos ropas y las pusimos a secar. Los varones habían descargado los equipajes y herramientas de nuestra *txalupa* y maniobraban para colocarla panza arriba con el propósito de revisar las roturas.

Circulaban comentarios sobre los acontecimientos de los últimos días. En particular sobre la discusión entre *maisuak* que había concluido con la división de la flotilla. Sin señales de la llegada de los barcos seis y siete, la actitud tomada por Naga y sus seguidores era motivo de ironías, especulaciones y burlas.

En contrapartida, era notorio que el prestigio de Ferinto había crecido, por habernos conducido con acierto hasta el continente. Era saludado con palabras de reconocimiento y los chistes que se hacían sobre él, aludían a su capacidad de orientación. Varios *hamazortzi* lo rodeaban, haciéndole preguntas sobre su viaje del año anterior.

Quise acercarme a escuchar sus relatos.

Explicó que nos hallábamos a escasa media jornada de la entrada al Mar de Lubarnea, un pasaje estrecho entre los continentes de Libia y Euriopa, llamado Atlater, que en atlanteano significa "portal del mar". Dijo que no disponíamos de mucho conocimiento sobre el lugar donde habíamos desembarcado. La expedición anterior solamente había pasado dos noches en ese sitio y luego continuado hacia Atlater. Por lo que sabíamos de viajes anteriores, nos encontrábamos en la desembocadura de un río importante, con muchas ramas provenientes de las montañas de Euriopa. Que en sus riberas existían aldeas de pastores, siendo posible que en la cercanía de los afluentes de las montañas, vivieran hombres del hielo en sus cavernas.

— Qué nombre tiene este río ? — Se me ocurrió preguntarle.

Ferinto, sonriente, se encogió de hombros.

— El que queramos ponerle. Qué nombre te gusta, Itahisa ?

Imaginé algo relacionado con la difícil etapa del viaje que acabábamos de realizar.

— Yo le pondría "tramo completado".

Varias risas saludaron mi ocurrencia. No era un nombre bonito para un río, pero celebraba el final de la angustia de las jornadas recientes, e implícitamente, el haber triunfado en la carrera.

— Así lo llamaremos, entonces.— Sentenció Ferinto.

Rápidamente la denominación ganó adeptos. Fuimos habituándonos a llamar al río con la palabra atlanteana *tartessos*, que refiere a una etapa o distancia que ha sido completada.



La alegría fue deviniendo en preocupación al transcurrir la jornada sin noticias de los barcos seis y siete.

Por la tarde, los *maisuak* fueron a la playa a enterrar un mástil y colgaron de él la vela de una *txalupa*, la bandera atlanteana con la cruz y los tres círculos, a modo de indicación visual para los navegantes que aún no habían llegado.

Se proponían distintas explicaciones de la demora. La más aceptada era que una de las embarcaciones habría sufrido daños y por ello habían debido atracar en otro punto de la costa. Dependiendo de la gravedad, podía llevarles varios días arribar al sitio de encuentro pactado. Otros especulaban con que ellos habrían encontrado la boca de otro río y estarían allí esperándonos, tan seguros como nosotros de estar en el lugar correcto. Pero los *maisuak* descartaban enfáticamente esta posibilidad, porque sólo existía una desembocadura en esta parte de la costa de Euriopa.

Tinabuna nos convocó al atardecer, para proponer las actividades de los días siguientes. En cuanto llegaran los barcos seis y siete, los *maisuak* emprenderían el regreso a Islas Castigadas para dejar allí a Aremoga y regresar de inmediato. Solamente Tinabuna se quedaría con nosotros. Godereto, el náufrago del brazo quebrado, continuaría el viaje a Lubarnea. Mantendríamos el sitio donde estábamos, la boca del río Tartessos, como punto de encuentro. Pero no íbamos a desaprovechar quince días de la expedición. De modo que una vez que los barcos uno y siete se marcharan, los *hamazortzi* remontaríamos el río explorando sus ramales navegables, haciendo un relevamiento de los recursos que halláramos en sus riberas y, eventualmente, de los asentamientos humanos que pudieran existir.

Antes de que oscureciera, salimos en distintas direcciones a recoger leña. La cena fue pescado asado al fuego, un manjar para nuestros desacostumbrados estómagos.



Era una noche hermosa y nos sentíamos de ánimo para dar un paseo a la luz de la luna. Fuimos con Janequa, Guaire y Etxekide. Cruzamos unas dunas, accedimos a la playa y desplegamos las mantas sobre la arena.

Allí nos quedamos, contemplando las estrellas y comentando los sucesos de los últimos días. Pudimos reírnos de las dificultades que se habían suscitado en el viaje. Los varones nos pusieron al tanto sobre los avances en la reparación de la *txalupa*. Hablamos del proyecto de remontar el río Tartessos y de las expectativas de cada uno frente a posibles encuentros con los nativos de Euriopa.

Escudriñamos el mar en búsqueda de luces de los barcos demorados, pero nada se presentó. Vimos aparecer sobre el horizonte el resplandor espumoso de la estrella viajante, que parecía aun más grande que dos noches atrás. Disfrutamos del inusual espectáculo que daba aquella larga cola blanca, levemente curva, engalanando el cielo nocturno como una preciosa joya.

Los varones jugaron a provocarnos, en procura de un goce que no había sido posible desde previo a la tormenta. Ambas nos hallábamos en días fértiles, pero igualmente nos prodigamos para complacerlos.



La siguiente mañana pusimos a flotar la *txalupa*, como prueba de las reparaciones realizadas. Fuimos agregándole carga para verificar que el agua no ingresara por algún punto, hasta que nos dimos por conformes.

Cuando nos aprontábamos a regresarla a la arena, Tinabuna nos pidió que no lo hicieramos, de modo que simplemente la amarramos con una soga a una gran piedra de la orilla, dejándola sometida a la suave corriente.

Los *maisuak* habían reconsiderado la situación.

Puesto que los barcos seis y siete podrían tardarse varios días, adelantariámos la excursión. Cinco de los *maisuak* quedarían esperando por ellos y las cuatro *txalupak* de *hamazortzi* con Tinabuna, comenzaríamos a remontar el río esa misma tarde. En caso de que los barcos llegaran, Ferinto abordaría el barco siete para ir a buscarnos río arriba, mientras los restantes *maisuak* partirían hacia Islas Castigadas. Frente a cualquier contingencia, volveríamos a la boca del río como punto de encuentro.

Mientras hablábamos de estos criterios, fuimos interrumpidos por extraños sonidos que venían desde las dunas. Aunque se asemejaban a chillidos de pájaros, nos parecieron emitidos por personas. Corrimos a buscar su origen. Al alcanzar la cima de uno de los médanos, los vimos alejándose, asustados. Eran niños. Dos niños pastores que habían estado observándonos. A la distancia, no pudimos ver sus rostros, pero sí sus cabellos negros, ensortijados. Era un indicio de que nos hallábamos cerca de una aldea de pastores y de que ellos estaban en conocimiento de nuestra presencia.

Después de almorzar, volvimos a cargar las embarcaciones, nos despedimos de los *maisuak* e iniciamos la exploración del río Tartessos.



A poco de partir, traspasando uno de los muchos codos del río, encontramos la aldea.

Los pastores suspendieron sus actividades y se agolparon en la orilla a mirarnos, curiosos. Y nosotros a ellos.

Eran unos treinta, de distintas edades.

De armoniosos físicos pese a su baja estatura, piel blanca tostada por el sol y cabellos renegridos, los hombres me resultaron interesantes y las mujeres, hermosas. Vestían falda y *txaleko*, confeccionados toscamente con pieles de oveja. Los adultos nos vigilaban con respeto y los niños nos saludaban contentos, agitando sus brazos y profiriendo palabras incomprensibles.

Tinabuna ordenó mantenernos a distancia, mientras el barco en el que ella viajaba se acercaba a la orilla. Apenas el *moko* tocó la arena, la *Maisu* bajó y dio unos pasos hacia los pastores, que la observaban fascinados, temerosos.

Entonces ella extrajo un cuchillo de la funda que llevaba en la cintura y con exagerada parsimonia lo depositó en la arena. Hecho esto, caminó hacia atrás regresando a la *txalupa*, al tiempo que los niños se abalanzaban sobre el cuchillo a examinarlo.

Los pastores fueron pasándose el objeto, de unos a otros, admirados por el filo de la hoja de bronce que brillaba al sol. Tinabuna permaneció apoyada contra el barco, imponiendo con su silencio el de todos nosotros, que atendíamos expectantes la escena de nuestro primer encuentro con los nativos de Euripa.

Ellos discutían, señalando al objeto de bronce y a los barcos. En un momento, uno de los adultos impuso su voz y dio unas indicaciones. Dos jóvenes fueron corriendo hasta detrás de las chozas y regresaron con un cordero. Procedieron a inmovilizarlo, anudando sus patas con sorprendente habilidad. Luego depositaron el animal en la orilla, a unos dos pasos de Tinabuna, quien se mantuvo indiferente, mirando hacia abajo.

El cordero balaba tratando de zafar de su incómoda prisión y los pastores aguardaban por un gesto que Tinabuna no otorgaba. Una pastora se dirigió a su choza, regresando con un canasto de frutas y semillas, que colocó al lado del cordero.

La *Maisu* continuó mirando el piso, impasible.

El hombre que parecía el mayor de la aldea volvió a dirigirse a los jóvenes, una chica y un chico que aparentaban ser hermanos. Ellos se marcharon y pasó un rato hasta que reaparecieron, trayendo consigo un pequeño cerdo. Hicieron lo mismo que antes, sujetando al lechón con sogas y ofreciéndolo, junto al cordero que chillaba y el canasto de nueces.

Tinabuna finalmente alzó su cabeza y sonrió complacida.

Cargó el canasto y se lo entregó a Atabar, luego la oveja, y por último el cerdo. Trepando a la *txalupa*, nos dio la consigna de tomar los remos para continuar remontando el río.



A unos pocos campos de distancia volvimos a desembarcar. Aunque restaba mucho para la puesta del sol, entendimos el motivo.

Hacía tiempo que no probábamos carnes rojas y deseábamos acometer los manjares que habían resultado del intercambio con la aldea de pastores. Recogimos leña y nos convocamos en torno al fuego, para gozar en anticipación de los deliciosos aromas de cordero y lechón, mientras se iban asando.

Teno acompañó el momento con los sonidos de su lira, soltando hilarantes versos alusivos.

*Aquellos jóvenes
de oscuro y brilloso cabello,
de marrones ojos, destellantes
de grises vestimentas,
abrillantadas,
ofrendaban animales
al brillante bronce, de oscuro puño.
Pero ella, en la orilla, no hablaba,
callada, sin palabras,
en silencio.
Qué decía ?
Nada.*



A mitad de la noche me despertaron unos movimientos. Tinabuna, en cucillas, hablaba unas palabras al oído de Etxekide. No logré captar lo que estaban cuchicheando. Etxekide se levantó y fue tras ella.

No se veían preocupados. Desentendiéndome del asunto, me cubrí con la manta y volví a dormir.



Temprano en la madrugada nos aprestamos a retomar la exploración del río Tartessos.

Continuamos recorriendo codos, en un paisaje dominado por las dunas y las aves. Bellas garzas de varios colores y elegantes flamencos de color rosa ocupaban ambas márgenes del río.

A media mañana, enfrentamos una bifurcación. Dos grandes ramales del río confluían en el tramo final que llegaba al mar.

Nos detuvimos a establecer criterios.

Tinabuna propuso que los barcos tres y ocho remontaran una de las ramas, y los barcos cuatro y cinco, la otra. La intención era conocer la navegabilidad de cada afluente y buscar un sitio con recursos para servir de alojamiento por quince o veinte días, hasta que los *maisuak* regresaran de Islas Castigadas. En caso de encontrarnos con nativos, debíamos mantener distancia. Al cabo de dos jornadas, aunque el río permitiera continuar navegando, regresaríamos al punto de encuentro.

Distribuimos los sobrantes de cordero y nueces, producto del intercambio con los pastores y reiniciamos la navegación, un par de *txalupak* por cada rama del río.

Como no había viento y era un día caluroso, resolvimos remar a dos bancos contra la corriente, con la tercera pareja en turno de descanso.

Al mediodía, Janequa y yo dejamos los remos y fuimos relevados por Nira y Etxekide. Luego de compartir unas costillas de cordero, estuvimos observando el paisaje y cotejando dibujos sobre las curvas del río que habíamos recorrido.

El intenso calor nos invitaba a acostarnos bajo el toldo. No tardamos en dormirnos profundamente.



Al despertar, muchas cosas habían cambiado.

En primer lugar, el paisaje. Habíamos dejado atrás la zona de dunas y nos hallábamos en un valle de profusa vegetación. Flanqueaban las riberas numerosos árboles, cuyas ramas caían sobre la superficie del agua. A gran distancia se veía, imponente, una cadena de montañas.

Corría una brisa y la vela nos impulsaba lentamente, río arriba

El sol se hallaba a media altura, señal de que habíamos dormido más de lo razonable.

No captamos en principio por qué no habían ido a despertarnos. Cuando lo empezamos a vislumbrar, el enojo fue creciendo en nosotras. No era raro que los varones se encontraran de excelente humor. Pero que Nira derrochara simpatía, resultaba en extremo llamativo.

Pero no tuvimos ocasión de averiguar lo que había ocurrido entre ellos durante nuestra siesta, porque en cuanto salimos del toldo, quedamos atónitas.

Nuestra *txalupa* navegaba sola por el río. El barco cuatro no estaba a la vista.

Janequa y yo nos miramos desconcertadas. No comprendíamos la tranquilidad pasmosa de nuestros compañeros, cuando viajábamos solos por un río desconocido en un continente desconocido.

— Qué pasó con el barco cuatro ? — Preguntamos al unísono.

Nira lanzó una carcajada, que me sonó cínica. Los varones hicieron gestos de no poder dar una explicación.

— Los perdimos de vista.— Informó Etxekide, como si careciera de importancia.

— Cómo ! — Interpelamos, conteniendo la ira.

— Iban delante de nosotros, — complementó Guaire — pero no logramos alcanzarlos.

— Dejamos atrás otra bifurcación.— Esbozó Etxekide — Es posible que hayan seguido por la otra rama.

— Hicieron algo ? Hicieron sonar el cuerno ? — Inquirió Janequa, irritada.

— No.— Intervino Abian molesto por el tono de Janequa — Ellos iban adelante. Debían habernos esperado.

— Y por qué no nos despertaron para consultarnos ? — Estallé.

Etxekide me miró disgustado, encogiendo sus hombros.

— Qué podíamos hacer, Itahisa ? Volver ? Abandonar la exploración del río ? Tenemos una tarea que cumplir. Si resulta que el barco cuatro recorre una rama y nosotros otra, regresaremos pasado mañana con más información. No hay forma de perderse río abajo.

Aunque me sentía molesta, no pude discutir las razones de Etxekide. No se me ocurrió qué contraponer a lo que habían resuelto mientras dormíamos. Pero íntimamente tenía la certeza de que habernos alejado del barco cuatro, había sido un error. Una estúpida distracción provocada por Nira, con la complicidad de los varones. Estaba furiosa con ellos y lo mismo le ocurría a Janequa.

Ella fue a buscar entre los equipajes el colmillo de elefante. Sus redondas mejillas se hicieron más rojas que nunca cuando ensayó soplar por su extremo, para producir un sonido grave, profundo, pero sin la potencia suficiente. Nira se cubrió la cara con ambas manos para ocultar su risa ante el esfuerzo de Janequa.

Abian se compadeció y tomó el instrumento. Respiró hondamente antes de insuflar con toda su fuerza. El estruendo que emitió hizo volar a bandadas de pájaros y fue contestado por aullidos de animales en el bosque. Aguardamos largamente por una respuesta que nos dijera de la proximidad del barco cuatro. Pero ésta no llegó.

Nos fuimos resignando a continuar la exploración por nuestra cuenta. Habíamos perdido un barco en la tormenta. Dos se habían separado en medio del mar, luego de la discusión de los *maisuak*. Otro había quedado en la desembocadura, esperando su llegada. Y los restantes tres, navegaban por otras ramas del río, lejos del alcance de nuestro llamado.



El resto de la jornada continuamos remontando el afluente, aproximándonos a la cadena de montañas. Avanzado el crepúsculo nos detuvimos, sin atracar en la orilla. Sujetamos la *txalupa* a la rama de un gran árbol para pasar allí la noche.

La luna, casi llena, mostraba su contorno difuso en un halo amarillento. A medianoche vimos el resplandor de la estrella viajante, iluminando el firmamento hacia el norte.



Al amanecer, el cielo se había cubierto de nubarrones grises. El viento era escaso, pero suficiente para empujar la vela, lentamente, corriente arriba. Janequa y yo pudimos manejar la *txalupa*, agregando trazos al mapa mientras avanzábamos, en tanto nuestros compañeros seguían durmiendo.

A ambos lados del valle, las montañas se veían cada vez mayores. El río serpenteaba entre zonas más o menos pobladas de árboles. En sus orillas avistamos nutrias de pelaje rojizo y pecho blanco, que nadaban con agilidad. A la distancia vimos correr

ciervos y cerdos salvajes. Más tarde, pasamos por un bosque en el que abundaban los ciruelos.

Fuimos anotando, minuciosamente, nuestras observaciones.

El viento empezó a arreciar cerca del mediodía, acompañado de lluvia. Entre los seis, nos ingeniamos para continuar navegando pese a lo adverso del clima, procurando completar el relevamiento, antes de que terminara la jornada.

Nuestro empeño se vio recompensado cuando, repentinamente, nos encontramos en un extenso remanso del río. Un lago en medio de las montañas.

Nos detuvimos a apreciar el lugar, que se veía hermoso, a pesar del mal tiempo. En las orillas del lago, los patos resistían la lluvia, inmóviles.

De pronto, algo apareció de entre los pastizales.

Lo vimos moverse rápidamente y zambullirse, permaneciendo un momento oculto a nuestra vista. Al incorporarse, quedamos impresionados de su aspecto.

Era, o al menos parecía, un hombre. Al descubrir la *txalupa*, se detuvo a mirarnos, de modo intimidante. De complexión robusta y de baja estatura, sus ojos eran de un color gris azulado y su ancha nariz ocupaba buena parte de la cara. La melena rojiza le caía, desordenada, en sus hombros. Usaba una piel de oveja como única vestimenta. Sus brazos y piernas estaban llamativamente cubiertos de pelos cobrizos, como la nutria que acababa de cazar con su rústico arpón de madera.

Pero nuestro asombro fue en aumento cuando lo vimos recoger su presa. Había atravesado la nutria con su lanza y procedió a cargarla, sangrante, sobre sus hombros. Entonces nos dimos cuenta que no era un hombre. Alcanzamos a notar sus pechos, una de las escasas partes del cuerpo que no cubrían sus pelos.

Aquello que estaba delante de nosotros era una mujer. Una mujer del hielo.

Ella nos dio la espalda y se internó, raudamente, en la vegetación. Tras un momento, pudimos expresar nuestras reacciones.

— Vieron esas piernas peludas ? — Dijo Abian, reponiéndose de la impresión.

— Tenía pelos hasta en la cara. Parecía más un mono que una persona. — Anotó Guaire.

— Realmente, desagradable.— Calificó Janequa con cautela.

— Francamente repulsiva. — Ratificó Nira.

— Debemos seguirla.— Afirmó Etxekide con determinación.

— Qué ? — Preguntamos varios.

— Debemos seguirla.— Repitió — Llevará su presa hasta la caverna donde está su gente.

— Etxekide, no te parece arriesgado ? — Nira usó su tono más edulcorado, disimulando su pavor.

— No. La seguiremos a distancia. No vamos a acercarnos. Pero debemos averiguar cuántos hombres del hielo forman su grupo y dónde se encuentran sus cavernas.

Busqué la mirada de Etxekide para cerciorarme de que hablaba en serio. La perspectiva de internarnos bajo lluvia en un bosque desconocido, con riesgo de enfrentar a una banda de hombres del hielo, no se encontraba dentro de mis previsiones.

Janequa, Nira y yo discutimos la propuesta, tratando de hacerle desistir de su propósito. Pero él insistió en que debíamos obtener la información sobre el lugar donde vivían los nativos. Abian y Guaire no participaron de la controversia, pero se mostraban proclives a seguirlo.

Como no llegábamos a un acuerdo, Etxekide me llevó aparte y me dijo en voz baja.

— Itahisa, esto es importante, tienes que confiar en mí, por favor.

Lo escuché con fastidio. No me hallaba de ánimo para otorgar otra decisión que pudiera ponernos en peligro. Pero algo en su mirada me provocó la duda.

— Hay algo que yo no sé, verdad? — Pregunté finalmente.

Mi compañero asintió.

— Luego podré explicártelo, Itahisa. Ahora no es posible.

Janequa y Nira me observaban con preocupación, deseando que Etxekide no lograra persuadirme. Él aguardaba mi resolución, expectante.

No obstante, se veía dispuesto a seguir su propósito, aun contra mi voluntad. La idea de quedarnos las tres solas me resultaba aun más arriesgada que la de acompañar a los varones en la descabellada persecución. Mordí mis labios evaluando las opciones, antes de tomar mi decisión.

— Está bien, Etxekide. Iré contigo.

Abian y Guaire no dieron lugar a las protestas de sus compañeras. Les propusieron seguirnos, o esperar hasta nuestro regreso. Y ellas, a desgano, terminaron accediendo. Amarramos la *txalupa* a un árbol y desembarcamos. Buscamos el rastro de gotas de sangre y, siguiéndolo, nos internamos en el bosque.



Avanzamos un rato por terrenos cada vez más pedregosos, escalando la ladera de la montaña. Ya no llovía, pero continuaba el viento y no teníamos abrigos. Nuestras ropas estaban mojadas y pese al esfuerzo de subir la pendiente, empezábamos a sentir frío.

Aunque las marcas de sangre fueron haciéndose más difíciles de hallar, podía adivinarse un sendero que trepaba la montaña. Caminábamos en fila, señalando las gotas rojas en el piso, sin emitir una palabra, atentos a cualquier sonido o movimiento a nuestro alrededor.

Cuando Etxekide levantó su mano nos detuvimos. Con sigilo, nos agachamos detrás de unas rocas. A unos diez campos de distancia alcanzaba a verse una columna de humo, señal de la presencia de los hombres del hielo.

Amparados por el viento que soplaban en dirección contraria, fuimos acercándonos cautelosos hacia el origen del humo, buscando siempre la siguiente roca donde ocultarnos.

Finalmente, desde un promontorio pudimos divisar el fuego, próximo a una pared rocosa, a unos cuatro campos de distancia. Permanecimos inmóviles, observando la situación. Contamos ocho de aquellos hombres o mujeres peludos, vestidos con pieles. Dos de ellos parecían estar moliendo semillas con unas piedras. Por momentos nos llegaba el sonido de los golpes que producían. También había perros, o lobos, de pelaje gris claro.

Desde nuestro punto, no alcanzábamos a ver la entrada de una caverna. Pero los desplazamientos parecían indicar que se hallaba del otro lado de la roca. De allí traían objetos y los depositaban en el piso, a unos pasos de la hoguera.

Nira protestaba en voz baja, demandando regresar al lago. Sabiendo ya el lugar donde se asentaban los hombres del hielo, no hallaba razón para quedarnos allí, empapados y sufriendo de frío. Janequa y yo procuramos establecer un plazo razonable para volver a la *txalupa*, teniendo en cuenta que pronto iría a oscurecer. Pero los varones no aceptaron nuestros reclamos y nos pidieron silencio.

Cerca del fuego, algo estaba ocurriendo. Los hombres trasladaban bultos y los cargaban sobre sus hombros. Agitaban sus brazos como indicándose instrucciones. En el momento que se agruparon, notamos que eran más de los que habíamos contado. Serían unos doce. Todos empuñaban bastones o lanzas, y cargaban una bolsa como joroba sobre la espalda. Parecían aprontarse para realizar una marcha, y empezamos a temer que nos hubieran descubierto y vinieran por nosotros.

— Vámonos, por favor.— Rogó Nira.

— Tranquila, Nira.— Solicitó Etxekide, denotando exasperación.

— Cuánta ventaja podemos darles en una carrera ? — Bromeó Guaire.

— Nunca podrían alcanzarnos.— Afirmó Abian, tratando de mostrarse confiado.

— Ellos no. Pero los lobos sí.— Replicó Janequa.

— Pueden callarse, por favor ! — Rezongó Etxekide.

Le hicimos caso, aun conscientes de que lo apuntado por Janequa era incontrastable. Si bien portábamos cuchillos en la cintura, enfrentar una manada de lobos no formaba parte de las habilidades en las que habíamos sido entrenados.

Nuestros temores se disiparon de inmediato. El grupo de hombres del hielo efectivamente emprendió la marcha, pero en dirección contraria, alejándose de nuestro punto de observación. Los lobos fueron tras ellos. Respiramos aliviados.

La columna de hombres se dirigió al norte, hasta desaparecer del alcance de nuestra vista.

Nira y Janequa se incorporaron, dando por un hecho de que la misión había terminado, pero era notorio que Etxekide tenía otras intenciones.

La expresión de su cara mostraba entusiasmo.

— Vamos a explorar la caverna.— Anunció.

Nira lo miró horrorizada.

— No. No vamos a hacer eso.— Discutió ella, enfatizando el "vamos".

— Cómo sabes que no quedó gente ? — Apuntó Janequa, nerviosa.

— No lo sé. Pero me parece raro que hayan abandonado el fuego.

— Voy contigo.— Declaró Abian, resuelto.

— Adelántense ustedes dos, — propuso Guaire — y si está despejado, nos lo hacen saber.

Etxekide y Abian cruzaron miradas, conformes con lo que Guaire había sugerido. Con andar prudente fueron aproximándose al fuego, que empezaba a apagarse.

Cuando estuvieron a unos treinta pasos, los vimos intercambiar palabras, recoger una rama y ocultarse. Abian lanzó el palo hacia donde supuestamente estaba la entrada de la caverna. Nada ocurrió. Entonces continuaron avanzando hasta el lugar donde los hombres se habían congregado. Allí inspeccionaron los restos del fogón y más tarde, desaparecieron detrás de la pared de rocas.

Pasó un tiempo antes de que volvieran a verse. Hicieron señas para que fuéramos con ellos.

Tal como Etxekide había previsto, la cueva se encontraba deshabitada.



La boca de la caverna se enmarcaba en una pequeña gruta de unos tres pasos de altura, que servía como patio delantero, a cubierto de la lluvia. Abian y Etxekide nos esperaron allí, usando unos cráneos de cerdo como asientos.

Antes de entrar, Etxekide nos hizo dos recomendaciones. Que fuéramos cuidadosos porque el piso estaba resbaladizo y que observáramos bien los objetos que los hombres del hielo habían dejado.

Pero no nos advirtió del olor nauseabundo que nos golpeó al entrar. Una mezcla pestilente de hedores animales, orines y tufo rancio de insospechable origen. Nira dio un paso y retrocedió con espanto, agitando los brazos y controlando sus arcadas. Cuando pudo hablar, lo hizo para negarse terminantemente a entrar.

— Te acostumbrarás, Nira. Es sólo un momento.— Intentó persuadirla Etxekide.

— Vayan ustedes.— Dijo ella con firmeza, intentando quitarse la repugnancia de la boca.

Nuestros ojos se habituaron a la penumbra de la caverna antes que nuestras narices al aire fétido que en ella reinaba. La entrada daba a una gran sala, de unos diez pasos de ancho y cinco de altura. Del techo salían extrañas agujas de piedra blanca, como mármol, con vetas azules. En el piso había gran cantidad de huesos de distintos animales, trozos de carbón y mucho barro. Por una de las paredes caía una lámina de agua, alterando con un murmullo constante el cerrado silencio de la cueva.

En un rincón pudimos ver un hueco que comunicaba con una galería ascendente. De a uno trepamos por ella, accediendo a una segunda cámara, más pequeña que la anterior, en la que el olor era menos repugnante. Tendría un ancho de cinco pasos y tres de alto. Por algún punto entraba algo de luz, lo que permitía apreciar las curiosas formaciones cónicas de mármol que colgaban del techo. Algunos jirones de piel de oveja en el piso denunciaban que esa habitación había sido utilizada como dormitorio.

Volvimos a descender la galería y Etxekide nos guió hasta un extremo oscuro de la sala principal, en el que podía adivinarse un agujero en la piedra, como un pozo. Tomando uno de los huesos del piso, lo dejó caer. Un instante más tarde oímos el inequívoco sonido del hueso al chocar con agua. De lo que podía deducirse que unos diez pasos más abajo había un lago, o al menos un charco. Como yo conocía los cenotes de Bosteko, no me sorprendió que la parte inferior de la caverna estuviera inundada.

Etxekide dio por terminada la exploración y se lo agradecimos sin palabras. Deseábamos volver a respirar aire limpio.

Nos reunimos nuevamente en el patio de la entrada, donde había quedado Nira, esperándonos.



Etxekide habló con aires de profesor. Se veía contento.

— Pues bien. Qué conclusiones sacáis, chicos, de lo que habéis visto en esta caverna ?

— Yo, *Maisu*.— Le seguí el juego, burlona, levantando mi mano para hablar.

— Te escuchamos, Itahisa.— Dijo él, risueño.

— Se han ido. — Afirmé escuetamente.

Etxekide se mostró complacido de que yo hubiera llegado a la misma conclusión que él. Nira me miró sorprendida, asumiendo que yo estaba informando algo obvio.

— Se han ido, — complementé — y no volverán. Al menos por unos cuantos días.

— Cómo sabes eso ? — Intervino Janequa.

— Es simple. No han dejado algo de valor para ellos. No hay comida, no hay herramientas, no hay pieles. No se tomarían la molestia de llevarlas consigo si pensaran regresar en pocos días.

— Es cierto, pero eso no significa forzosamente que no vayan a regresar.— Apuntó Guaire.

— Tengo entendido que los hombres del hielo son nómadas. No viven todo el año en el mismo lugar. En el *uda* se marchan al norte, donde hace menos calor, como las golondrinas o las ballenas, pero al revés.— Disertó Etxekide.

— De acuerdo. Pero insisto en que eso no impide que por algún motivo se les ocurra volver. O bien, que otro grupo de ellos resuelva tomar esta caverna, de paso hacia el norte, mañana o pasado.— Discutió Guaire.

Nira escuchaba el intercambio perpleja, con creciente preocupación en sus ojos.

— De qué están hablando, chicos ? Entiendo mal o se les ha ocurrido la loca idea de que nos instalemos en esta asquerosa cueva ?

Etxekide contuvo la risa. Luego procedió a darnos la explicación que venía postergando.

— Como saben, tendremos que esperar quince o veinte días hasta que los *maisuak* regresen de Islas Castigadas. Hablé con Tinabuna antes de ayer y ella me recomendó que intentáramos localizar las cavernas en estas montañas. Ella tenía la idea ...

— Tinabuna habló sólo contigo ? — Interrumpió Janequa, extrañada.

— No. Lo hizo con uno de cada *txalupa*.— Informó Etxekide, quitándole importancia.

— Y por qué contigo ? Digo, si es que hubo una razón, y se puede saber.

— Supongo que porque eligió en cada barco a un *Maisu* en Astronomía.

Janequa no pareció conforme con la respuesta de Etxekide, pero le permitió continuar.

— Tinabuna tenía la idea de que los hombres del hielo estarían abandonando sus cavernas para marcharse a lugares más fríos. Hemos tenido una enorme suerte de llegar acá en el momento exacto para verlos partir. Mañana regresaremos al punto de encuentro y compartiremos este gran descubrimiento con los demás *hamazortzi*, aunque es probable que ellos también hayan hecho lo propio. Tendremos entonces que evaluar cuál es el mejor lugar para quedarnos.

— No entiendo.— Discutió Nira con enojo — Por qué Tinabuna quiere que vayamos a una inmunda caverna ? No somos hombres del hielo. Por qué no podemos construir unas chozas como las de los pastores ?

— Tinabuna podrá darte las razones.— Respondió Etxekide con sequedad.

— No creo que sea posible construir una choza en tan poco tiempo.— Agregó Guaire.

— No les parece que deberíamos volver a la *txalupa* ? Va a oscurecer, hace frío y tengo mucha hambre.— Sugirió Janequa.

Felizmente, los varones estuvieron de acuerdo.

Iniciamos el regreso hacia el lago a paso firme, porque el sol se estaba ocultando, invisible, tras las nubes.



Cuando estábamos llegando, Abian, que iba adelante, quedó rígido un instante y empezó a correr. Los demás nos detuvimos sin poder creer lo que estábamos viendo.

La *txalupa* había encallado en los pastizales y se hallaba escorada sobre uno de sus lados. El agua había inundado bultos y equipajes. Un remo flotaba a unos veinte pasos de distancia. Dos nutrias huyeron al advertirnos. Habían devorado los restos del cordero asado, que guardábamos para la cena.

Pero lo más grave era que el costillar estaba dañado. El viento había movido el barco, haciéndolo chocar contra una roca de la orilla, que no habíamos tenido en cuenta en el momento de amarrarlo.

Examinamos la rotura consternados. Era impensable que la *txalupa* volviera a flotar al día siguiente. Nos demandaría al menos una jornada repararla.

Para colmo, volvía a llover y la noche avanzaba rápidamente sobre nuestras cabezas.



Guaire tenía esa habilidad para tomar livianamente hasta la mayor adversidad.

— Amigos, tenemos un problema. — Anunció, como si no fuera obvio.

— Sólo uno ? — Interpeló Janequa.

— Por lo menos tres.— Enumeró Nira — No tenemos barco, no tenemos comida y no tenemos abrigo.

— Yo agregaría, — complementó Etxekide abatido — que no podremos llegar al punto de reunión mañana de noche, como estaba previsto.

— Pasado mañana saldrán a buscarnos.— Conjeturé.

— Habría que montar un toldo, para pasar la noche.— Sugirió Abian, haciendo el gesto de recibir la lluvia en su mano abierta.

— Creo que antes deberíamos vaciar la *txalupa*. Sería terrible que durante la noche la corriente arrastrara alguno de los equipajes.

— Es cierto, Itahisa.— Aceptó el gigante, disponiéndose a iniciar la tarea.

Janequa tenía una preocupación más inmediata.

— Alto ! Qué vamos a comer ?

— Nada que haya que cocinar.— Acotó Guaire — Será difícil hacer fuego con todas las ramas mojadas.

— Tenemos algunas nueces. Y creo haber visto ciruelos en el bosque.— Reflexionó Etxekide sin mucho convencimiento.

— Podemos cazar una nutria. Ya aprendimos cómo se hace.— Bromeó Guaire.

— Está bien, chicos, vamos a organizarnos.— Protestó Nira.

— Janequa y Guaire, procuren algo de comer. Y los demás descargamos. Les parece ?

A la luz de las lámparas y bajo lluvia pertinaz, trabajamos hasta avanzada la noche, trasladando bultos, herramientas y equipajes a un punto cercano del bosque, en el que montamos un toldo a dos aguas, como lo habíamos hecho en la Isla de las Flores.



La jornada siguiente fue agotadora.

En la mañana pudimos llevar la *txalupa* a tierra y colocarla panza arriba para proceder a repararla.

Por la tarde, adosamos dos costillas y tensamos sobre ellas uno de los cueros de repuesto. Luego cosimos el parche, aplicando aceite en las costuras.

Pese a que continuaba lloviendo, logramos hacer fuego y cocinar los pescados que habíamos capturado con las redes.

Restaba poco para el atardecer cuando estuvimos en condiciones de volver a botar la *txalupa*, pero resolvimos no hacerlo. No tenía sentido probar la capacidad de flotación y volver a trasladar los equipajes, si no podríamos navegar por la noche.

El tiempo continuaba empeorando. Las ráfagas sacudían los árboles y amenazaban volar el toldo que apenas nos protegía de la insoportable lluvia.

— Qué haremos mañana, si la tormenta sigue ? — Preguntó Janequa, interpretando lo que todos estábamos pensando.

Nadie contestó. Miré a Etxekide, que jugaba a dibujar con un dedo en el barro. Algo en su comportamiento me resultaba incomprensible. Parecía abrumado por sus pensamientos.

— Etxekide.

Él fingió despreocupación.

— Sí ?

— Hay algo que debemos saber, verdad ?

Todos me miraron intrigados, excepto Etxekide, que continuaba jugando con el barro.

— Etxekide.

Él suspiró. La tensión se notaba en su rostro.

— Puedes decírnos lo que estás pensando ? — Insistí.

Tras otro largo silencio, él se animó a decir.

— Es posible ... que no vengan a buscarnos.

— Claro.— Interpretó Nira — Crees que nos esperarán en la boca del río ?

— No.

— Qué estás queriendo decir con eso ?

Etxekide hundió sus dedos en el barro, buscando las palabras.

— Es posible que no vengan a buscarnos y también es posible, — hizo una pausa — que no los encontremos ... si es que logramos bajar por el río mañana.

— Cómo ? — Preguntamos varios.

— La noche que hicimos el asado, luego del intercambio con los pastores, Tinabuna vino a despertarme antes de la madrugada. Tuvimos una reunión.

— Ya nos dijiste que fijaron la consigna de hallar las cavernas.— Trató de ayudarlo Guaire.

— Sí.

— Continúa Etxekide, por favor.— Lo presioné con mi voz más dulce.

— No les dije que se establecieron plazos.

— Plazos ?

— Sí. Nos propusimos ocupar las cavernas en cinco días. Dos de exploración, uno de reunión, y dos más para regresar e instalarnos. En este momento estaríamos resolviendo en cuáles sitios alojarnos. Entonces, suponiendo que los barcos tres, cuatro y ocho se hallan ahora en el punto de encuentro, no podemos saber si ellos vendrán por nosotros o asumirán que hemos encontrado un lugar seguro. En tal caso, partirán mañana hacia otras caverna y es improbable que los encontremos descendiendo el río.

Cruzamos miradas, mientras procesábamos la información que Etxekide finalmente se había decidido a darnos.

— Por qué no nos dijiste esto antes ? — Protestó Nira.

— Porque en cualquier caso, primero debíamos reparar la *txalupa*. De no haber tormenta, estaríamos navegando río abajo y podríamos llegar al mar antes del amanecer.

— Pero, aunque los *hamazortzi* hayan partido, allí estará el barco de los *maisuak*.— Observó Nira

— Sí, o no.— Respondió Etxekide, lacónico.

Algunas cosas empezaban a cerrar, pero me faltaban datos.

— Cuál es la razón de que los plazos sean tan estrictos ?

Los ojos de Etxekide se fijaron en mí, implorantes. Era notorio que había algo más, que no quería decírnos. Traté de ser más persuasiva.

— Mi amor, sea lo que sea, debemos compartir la decisión. Necesitamos que nos expliques.

— Es que ... quizás les parezca ... ridículo.— Balbuceó.

— Déjanos juzgarlo.— Demandé con firmeza.

Él volvió a suspirar, antes de explayarse.

— Tinabuna convocó a los cuatro *hamazortzi* que somos *Maisuak* en Astronomía aquella noche. Ella nos pidió opinión sobre el estado de la estrella viajante. Estuvimos observándola e intercambiando predicciones.

— Predicciones ?

— Sí. Aunque no todos estábamos de acuerdo, la mayoría pensábamos que existe una posibilidad de que se produzca alguna ... perturbación.

— Qué clase de ... perturbación ?

— Es algo que puede o no ocurrir. De modo que acordamos no generar alarma.

— Entiendo eso, Etxekide. Puedes ser más explícito, por favor ?

— La estrella ha venido creciendo rápidamente. No la podemos ver ahora. Pero si estuviera despejado, sería un espectáculo increíble, imponente. Créanme que sería ... terrible.

— Entonces ? Qué perturbaciones podrían darse ?

— No lo sé, Itahisa. Quizás tormentas, frío, calor, vientos, incendios. No lo sé.

— Si hay algo que me da miedo, es que una estrella caiga sobre mi cabeza.— Intentó bromear Guaire.

Etxekide no celebró el chiste. Realmente se veía angustiado.

Traté de poner en limpio la situación.

— El criterio que acordaron con Tinabuna fue que en cinco días todos estaríamos refugiados en las cavernas.

— Sí.

— Ya pasaron tres.

— Sí.

— Tenemos que resolver, entonces, qué haremos mañana. Descender el río hasta el punto de encuentro, con el riesgo de que nadie nos esté esperando allí, o ...

— O renunciar a hacerlo y acondicionar la caverna para hacerla habitable. — Completó Etxekide.

— No ! — Desaprobó Nira.

— Y si ellos resuelven venir a buscarnos ?

Etxekide ya había pensado en la objeción que planteaba Janequa.

— Dejaremos la *txalupa* así como está, a la vista. Y marcaremos de algún modo el camino para que nos encuentren. O bien, nos comunicaremos usando los colmillos de elefante.

— No ! — Volvió a quejarse Nira.

— Es esa tu opinión, Etxekide ? Piensas que no es conveniente descender el río mañana ?

Él levantó los brazos y tejiendo los dedos de sus manos, las apoyó en su cabeza, antes de hablar.

— Creo que es mejor idea quedarnos aquí, Itahisa.

Busqué las miradas de los demás. Guaire se encogió de hombros, otorgando. Janequa me ofreció un breve gesto de asentimiento. Abian miraba a Nira, quien continuaba negando con la cabeza. Sin dar ocasión a discutirlo levanté mi mano, votando mi respaldo a la recomendación de Etxekide. Con gran satisfacción, vi que Abian también la acompañaba.

— Está decidido, entonces.— Sentencié, gozando de la perplejidad de Nira.

— Mañana comenzaremos nuestra nueva vida como trogloditas.— Anunció Guaire, imitando la encorvada postura de los hombres del hielo.

Su actuación fue tan convincente que logró hacernos reír.



Afortunadamente, al día siguiente, el viento y la lluvia, aunque no cesaron, nos ofrecieron una tregua.

Esto nos permitió trasladar bultos, equipajes y herramientas hasta la entrada de la caverna, lo que nos insumió toda la mañana. La distancia del lago hasta la cueva era de unos treinta campos y debimos realizar varios viajes.

Dejamos la *txalupa* invertida sobre unos troncos y colgamos la vela que habíamos usado de toldo, fuertemente sujetada por sus cuatro esquinas a los árboles de la ribera, de modo que resultara ineludible a quien accediera al lago.

Cargando el pesado colmillo de elefante, así como algunas tablas, la jaula de las gallinas, un canasto de pescados y otro de ciruelas, hicimos por última vez el recorrido a la montaña, cerca del mediodía.

Luego de almorzar, nos esforzamos en limpiar pisos y paredes, y más tarde quemamos cortezas, para atenuar la pestilencia dentro de las dos cámaras de la cueva.

Mientras lo hacíamos, toleramos que Nira se resistiera a ingresar, brindando su modesta colaboración desde el exterior. Varias veces la invitamos a entrar, pero ella continuó negándose.

Llevamos mantas y ropa a la cámara superior, donde el olor era menos penetrante. En la principal, construimos algo parecido a una mesa y colocamos unos estantes. Con los remos apoyados sobre la pared, inventamos un modo de recoger agua dentro de un ánfora. Utilizando cuerdas, hicimos descender una lámpara por el agujero en la roca, sólo para verificar que debajo nuestro había una cueva que parecía aun mayor, cuyo lecho se hallaba totalmente inundado.

Al anochecer, estábamos exhaustos, pero satisfechos.



Cuando nos aprontábamos a preparar la cena, oímos un alarido de Nira desde el patio y la vimos entrar corriendo, el espanto visible en su rostro.

Señalando hacia afuera, nos pudo decir.

— Hay ... algo !

Los varones corrieron a recoger cuchillos y arpones y se acercaron cautelosamente a la salida. Tras un instante, empezaron a reírse a carcajadas.

— Son cabras, Nira. No parecen muy peligrosas.— Informó Guaire cuando pudo contenerse.



No logramos dormir cómodamente en nuestro nuevo dormitorio. El piso extremadamente duro, el murmullo monótono del agua, el aleteo de los murciélagos y los ruidos desconocidos que nos llegaban del exterior, nos mantuvieron alertas buena parte de la noche.

Poco antes de la madrugada, noté que Abian se levantaba y desaparecía por la galería. De inmediato lo vi regresar, lámpara en mano, con expresión de desconcierto.

— Qué ocurre, Abian ? — Pregunté en voz baja.

— Las cabras.— Fue su respuesta.

— Qué pasa con las cabras ?

— Están abajo, una docena de ellas.

Me resultó gracioso que el gigante estuviera preocupado por unas cabras.

— Ya se irán mañana. Tranquilo.

Traté de hallar una posición cómoda para retomar el sueño.



Me despertó un barullo de balidos y gritos que provenían de abajo. Guaire dormía a mi lado. Al descender por la galería, me encontré con una escena insólita, disparatada.

Abian y Janequa intentaban arrear las cabras fuera de la caverna, amenazándolas con los arpones, mientras Nira las llamaba ofreciéndoles pasto desde la entrada, pero los animales se resistían a abandonar el rincón oscuro donde se habían agrupado.

Etxekide, indiferente, preparaba el desayuno. Riéndome de su actitud, le pregunté.

— Por qué no los ayudas, mi amor ?

— Buen día, preciosa. Quieres leche de cabra recién ordeñada ?

— Claro.

— No voy a ayudar, porque es una tarea inútil.

— Cuál ?

— Desalojar las cabras. Es imposible. No quieren irse.

— Ellas te lo han dicho ?

Etxekide hizo una mueca cómica.

— Lo están diciendo, no las escuchas ?

— Ahora que lo dices, creo que sí.— Le seguí el juego.

— Ellas están acá por el mismo motivo que nosotros.

— Cuál es ese motivo, Etxekide, si es que se puede saber ?

Mi compañero me ofreció una jarra de leche, acercó una bandeja con ciruelas cortadas y tomó asiento sobre el tablón que cumplía funciones de mesa, a observar, divertido, los frustrados intentos de Abian y Janequa.

Tras una larga pausa, dijo finalmente.

— La razón más poderosa que puede existir, Itahisa. El miedo a la muerte.

No fui capaz de entender su respuesta hasta dos días más tarde.

La historia de Itahisa continúa en Parte Siete, Primer Movimiento

<http://itahisa.info/about/parte-siete/sequia/>